

# VITORIANAS

## CUADRILLA

**S**E componía de algunos; más de una docena de jóvenes *bien*, hijos de conocidas y estimadas familias de Vitoria, casi todas vitorianas.

Eran valerosos mantenedores de aquel famoso humorismo vitoriano que perpetuaron los Layus, Buruaga, Rico (el alguacil), Maceñas, los *Urbinas*, Zabala (Chambolín) y otros más. Operaban a salto de liebre; quiero dar a entender con esto que no buscaban aventuras, pero aprovechaban de lo lindo lo que se presentaba, divirtiéndose a placer. Rehuían siempre, en sus correrías, de chocarrerías reprensibles, y más aún de punibles incorrecciones.

Presentado el *elenco*, vaya un episodio:

Fué una tarde de principios del mes de Agosto. El sol apretaba más de lo necesario, convirtiendo las calles en un horno eléctrico, y a Febo ayudaba Eolo en su tarea, soplando con el mejor viento solano (S.E.) de su repertorio, elevando la columna termométrica a una altura inverosímil en la capital de Alava.

Alrededor de una de las mesas puestas en las aceras por los cafés, había sentada una *sección* de la *cuadrilla*.

Uno de los jóvenes decía a sus compañeros:

—Chicos, esto es muy aburrido; no pasa nadie, y yo me voy al Círculo a leer periódicos.

—Pues yo—continuó otro—, voy a entrar aquí (al café) a  *echar unas carambolas*.

—Y yo voy a tirarme de cabeza al Zadorra, a ver si me refresco—añadió el tercero.

El cuarto de aquellos jóvenes, que hasta entonces no había dicho una palabra, les habló de este modo:

—¿No decís que os fastidiáis? Pues esperar un poco, vuelvo en seguida; no os marchéis hasta que vuelva.

Dicho esto, con aire de cabecilla de motín, salió el joven calle arriba disparado, como dicen que volvía Quevedo, de cierto encuentro.

Al cabo de un rato, no muy largo, se presentó el ausente a los extrañados ojos de sus amigos, guiando un jaco, no muy garboso, ni muy limpio, pero sí grande, gordo y fuerte, arrastrando un carricoche que no era, por cierto, ningún *landeaux* de corte inglés.

—Hala, arriba—gritó a los que esperaban, el flamante *cochero*.

No se hicieron éstos rogar, y de un salto se colocaron en el vehículo, que arrancó el vigoroso empuje del caballo.

—¿Dónde vamos?—preguntaron al *auriga*, cuando estuvieron fuera de puertas.

—Vamos a ver a Fulano, para que nos dé de merendar.

El Fulano, era un joven e ilustrado profesor de instrucción primaria, que regentaba una escuela en un pueblo próximo a Vitoria.

Llegaron al pueblo, donde tuvieron una contrariedad: el profesor, aprovechando las vacaciones, había ido a un pueblo inmediato, para visitar a su colega y pasar unos días cazando.

Cariacotocidos, volvieron grupas y emprendieron el regreso, poniendo el rumbo al punto de partida.

A mitad del camino fueron asaltados.....por un horroroso dolor de estómago y unas invencibles ganas de comer.

En la primera aldehuela que tropezaron, el *automedonte* tiró de las riendas al jamelgo, parando el *tren* en seco, frente a la casa que al conductor le pareció una taberna.

Llamaron; salió la casera, y la pidieron alguna cosa para comer. La propietaria se negó a ello, pretextando la falta de víveres. Ruegos, súplicas, amenazas, incluso la del suicidio, todo fue inútil. Aquella *posadera* dijo que allí no se comía, y no se comía. El *cochero* enseñó un hermoso y reluciente duro, legítimo y auténtico a más no poder, que no tenía nada sevillano, y, ni por esas. Ante tal conflicto, uno de los expedicionarios tuvo una idea salvadora, que puso en práctica enseñada. Era él joven, corpulento y lucía un bigotillo, naciente y ya casi bizarro, y ahuecando la voz, preguntó a la tenaz mujer:

—¿No hay alcalde en este pueblo?

—Sí, señor; es mi marido.

—¿Dónde está?

—Está segando.

—Pues vaya en su busca y dígame que está aquí el señor *Inspector de...*

La mujer, algo sorprendida, hizo lo que se le mandaba, no sin antes cerrar la puerta del zaguán con llave y meterse ésta en la faltriquera. ¡Tenía poca confianza en la cuadrilla!

Momentos después volvían la alcaldesa y el alcalde; éste, sin pizca de facha, ni por su traje ni por su aspecto, de haber estado segando, sino, por el contrario, de haber estado con todo sosiego, en la tasca próxima, jugando al mús. Saludó al señor *Inspector de.....* diciéndole éste por toda salutación:

—Le he llamado para dos cosas: primero, para decirle que así no se puede seguir; esto es una porquería, una suciedad (y señalaba las pajas que había en el zaguán), y en cuanto llegue a Vitoria se lo diré al señor Gobernador: y, segundo, para que nos prepare merienda y se pagará lo que sea.

El alcalde miró socarrón al señor *Inspector*, y se metió en la casa para preparar lo que se le pedía. No sé si la merienda fué opípara, aunque no debió ser mala, porque los jóvenes la devoraron muy gustosos. Terminado el ágape, fué bien pagado, y al retirarse, para completar la broma, el cochero, con tono humilde y boína en mano, preguntó al señor *Inspector*:

—¿A qué pueblo vamos?

—Arrea, a Vitoria, de prisa y párate en el Gobierno civil.

El alcalde se quedó alelado. ¿Sería aquel joven, el señor *Inspector*? ¿Le armaría a él un caramillo por un quitame allá esas pajas?....., las del zaguán.

Consta, de manera fehaciente, que la autoridad administrativa no durmió aquella noche.

A la mañana siguiente, tempranito, se encasquetó la ropa de los días festivos y tomó, carretera adelante, y pian pianito, unos ratos a pie y otros andando, se plantó a media mañana, a la hora del despacho, en el Gobierno civil. Fué recibido en el acto por el Gobernador que, hombre de mundo, carácter bondadoso y espíritu perspicaz, comprendió, a las primeras palabras del alcalde, la verdad de lo ocurrido, e interrumpiéndole blandamente en sus lamentaciones, le atajó de esta manera:

—Vuélvase, alcalde, al pueblo, y esté tranquilo, que no le pasará nada, absolutamente nada.

Y así terminó, con toda tranquilidad, una aventura que comenzó con viento de galerna.

Esta monserga bien la entenderán los interesados con sólo restar algún detalle indispensable para la hilación del relato, quedando la verdad exacta y escueta de este cuento histórico a guisa de novela histórica, que no por ser cuento, ni novela, ni historia, sino una leyenda episódica del proverbial humorismo vitoriano.

De entre los jóvenes de la *cuadrilla* salieron, según tengo entendido, un ingeniero, un médico, un abogado, un boticario, algunos industriales, tal cual coronel y hasta algún obispo.

Y cierro estas cuartillas glosando al señor Inspector, que daba órdenes al distinguido cochero.

Arrea, a Vitoria, y párate en *El Caramanchel*.

JOSÉ COLÁ Y GOITI

